



Universidad  
de Navarra

M'

MÁSTER  
EN MATRIMONIO  
Y FAMILIA

Lección Magistral impartida con ocasión del  
Acto de Graduación de la XV Promoción del Máster en Matrimonio y Familia

Aula Magna, Universidad de Navarra  
Pamplona, 10 de junio de 2016

**La Familia en la Encíclica *Laudato sí. El cuidado de la casa común***

Dolores López  
Instituto de Ciencias para la Familia  
Dpto. de Historia, Hª del Arte y Geografía  
Universidad de Navarra

Con la venia,

Es de justicia, comenzar estas palabras agradeciendo al director del Master de Matrimonio y Familia la invitación a impartir la lección magistral en el acto de graduación de su decimoquinta promoción, una promoción especialmente querida para mí. El profesor Escrivá me trasladó un reto complejo, iluminar la dimensión de familia presente en la Encíclica *Laudato sí*. Sé que todos ustedes la han leído y trabajado, por lo que este reto incrementa su dificultad.

Mi intervención se va a articular en dos partes. En la segunda parte de esta exposición bajo a una mirada de detalle a la Encíclica para mostrar la presencia de la familia en su mensaje. Pero para bajar al detalle es preciso primero esbozar un marco de comprensión más amplio. El objetivo de la primera parte de mi exposición va a ser, por tanto, dar unas claves, unas ideas, que muestren los hilos de conexión familia-Laudato sí en una dimensión amplia en la que también se incluyen algunas conexiones con la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*.



Y estas ideas se resumen en cuatro pinceladas.

1. La primera. La Encíclica **Laudato sí** es un texto complejo, profundo, marcadamente interdisciplinar y que interpela a todos, no sólo a los gobiernos, a las empresas, a las instituciones en general, sino también a cada uno de nosotros en singular como individuos, como familia y como ciudadanos. Es un texto que no deja indiferente y cada vez que se lee, por lo menos esta es mi experiencia, saltan a la cabeza nuevas ideas e implicaciones, sociales y personales. Pero también familiares.
2. Segunda idea. Si bien es cierto que la Encíclica supone un paso adelante en la Doctrina de la Iglesia, está en marcada continuidad con los escritos de los Papas anteriores. En la obra se citan numerosos textos de sus predecesores y términos, como la conversión ecológica, acuñado por S. Juan Pablo II<sup>1</sup> en 2001, adquieren una nueva dimensión. Una frase de la propia encíclica recoge muy bien esta idea: “de nuevo brota la eterna novedad del pensamiento cristiano”.
3. La tercera idea, íntimamente relacionada con la anterior, es que la cosmovisión presente en la encíclica es la antropología cristiana. Dios Creador otorga al hombre una dignidad especial para que sea el jardinero fiel de su obra. El hombre es naturaleza, es parte inseparable de la Tierra y es responsable de ella, de su cuidado y de velar por que se cumpla en ella los designios del creador. El Papa contrapone esta visión de la antropología cristiana al antropocentrismo, el hombre Dios del mundo y también al biocentrismo, la naturaleza divinizada y el hombre su enemigo. En la encíclica aparece con un gran nivel de detalle el daño

---

<sup>1</sup> S. Juan Pablo II, Audiencia General, Miércoles, 17 de enero de 2001, El Compromiso por evitar la catástrofe ecológica, [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/2001/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_20010117.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/2001/documents/hf_jp-ii_aud_20010117.html) (consultado el 15 de enero de 2016).



que el antropocentrismo y sus lógicas, han hecho, y siguen haciendo, al mundo, tanto a la naturaleza como a los propios hombres.

En el punto 119 de la encíclica se señala “No podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano, sin reconocer el valor de cada persona humana, sin el reconocimiento del otro” (LS, 119). Y las relaciones básicas del ser humano se articulan esencialmente en familia. Por lo tanto, esta misma crisis de cosmovisión está también en los cimientos de los problemas que hoy vive la familia. El profesor Larrú en una conferencia reciente sobre la Exhortación apostólica *Amoris Laetitia* señalaba “No sabemos lo que es la familia porque no sabemos lo que es la persona.” Si cruzamos en el plano antropológico, los textos de la *Laudato sí* y de la exhortación vemos que están entrelazados En el punto 122 de la encíclica se señala “Un antropocentrismo desviado da lugar a un estilo de vida desviado”. En esta modernidad “líquida” en la que vivimos uno de los problemas de fondo que afecta a todas nuestras relaciones es, como recoge muy bien el punto 6 la encíclica, “la idea de que no existen verdades indiscutibles que guíen nuestras vidas” (LS, 6). Este problema afecta tanto a nuestra relación con la naturaleza, como a nuestra relación con los demás, los demás cercanos o lejanos, familia o sociedad en general.

Y una de esas realidades naturales que se han vuelto cuestionable y es una de las claves para comprender las disparidades en el visión actual sobre la familia es el bimorfismo sexual impreso en la propio de la naturaleza humana. En el punto 155 de la *Laudato Sí*, aparece claramente recogido el daño que conlleva negar la bondad de la diferencia sexual, germen de la mirada al otro y elemento esencial de la cultura y de la antropología cristiana. Simplemente señalar dos frases de este punto para animarles a releerlo completo: “Nuestro propio cuerpo nos sitúa en una relación directa con el ambiente y con los demás seres vivientes.” “La



valoración del propio cuerpo en su femineidad o masculinidad es necesaria para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente.” Existe una ecología del hombre porque, como apuntaba Benedicto XVI, “también el hombre posee una naturaleza que debe respetar y que no puede manipular a su antojo”.

4. La cuarta y última idea general, muy presente en la Laudato, pero que también la encontramos en la Exhortación, es que todo está conectado. No es posible separar lo social de lo ambiental y hay “una íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta”. Los medios de comunicación han dado mucho eco al segundo aspecto, al clamor de la tierra, olvidándose en mayor medida del primero, el clamor de los pobres, pero también de la íntima y profunda conexión entre los dos. La voz que el Papa da en la Encíclica a los pobres y excluidos de la sociedad no ha resonado todo lo que debería.

Y este paradigma de que en el mundo todo está conectado es una de las ideas fuerza de la Encíclica. Como se aprecia por ejemplo en esta cita “El auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás.”

Consecuentemente se puede afirmar que hay un vínculo entre la crisis familiar, la crisis social y la crisis ambiental. Hay una íntima relación entre la fragilidad de los pobres y la fragilidad del planeta, pero también esta íntima relación salta de la mirada al otro, a los excluidos de la tierra, a la mirada al otro dentro del ámbito intrafamiliar. Hay una estrecha conexión entre la *Laudato Sí* y la Bula de la Misericordia. La mirada que debemos rescatar es la misericordiosa mirada de Jesucristo que se hace vida en las obras de misericordia.

En la segunda parte de mi conferencia y con este marco de contexto someramente perfilado, paso a exponerles unas reflexiones más concretas que la lectura sosegada del texto me ha sugerido sobre la presencia de la familia en la Encíclica.



1. Mi primera aproximación ha sido utilizar el método de análisis del discurso que consiste en cuantificar el uso de los términos en los textos Y he de decir que los resultados de este *proxi* apuntan a una escasa presencia de la familia en la encíclica. La palabra familia aparece en contadas ocasiones. Si he hecho bien las cuentas, la palabra familia o familiar la encontramos en 15 ocasiones.

Pero además en tres de ellas no es una referencia textual a la realidad familiar concreta sino que evoca un significado más amplio y genérico: “hay que unir a toda la **familia** humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible “ (LS, 13); “Cada territorio tiene una responsabilidad en el cuidado de esta **familia** formada por todas las criaturas...” (LS, 42); “Siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de **familia** universal...” (LS, 89)

Pero el uso de la palabra familia en estos contextos, o la de otros términos relacionados con el parentesco como fraternidad, hermanos, hermanas, madre aplicados a la naturaleza muestran la bondad de las relaciones que tejen la vida familiar. La metáfora del mundo como casa común, recogido en el título de la Encíclica, además de tener el sentido de recordar que la naturaleza y el hombre somos hijos del mismo Padre, y compartimos la misma casa, el planeta, y que debemos vivir en armonía, también evoca la fraternidad entre los hombre: la igualdad de todos los seres humanos en el mundo así como la necesidad de que la solidaridad articule la vida de los hombres.

El punto 92 ilustra esta idea. “Todo está relacionado y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra.”

En otras ocasiones la relevancia del término familia en el texto es tangencial. Pero hay un punto de la Encíclica, el punto 213, donde la familia no sólo aparece en



cinco ocasiones, sino que la realidad familiar está en el centro del mensaje. Paso a leer este punto.

“Quiero destacar la importancia central de la familia, porque es el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a los que está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano. Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede de la cultura de la vida. En la familia se cultivan los primeros hábitos de amor y cuidado de la vida, como por ejemplo, el uso correcto de las cosas, el orden y la limpieza, el respeto al ecosistema local y la protección de todos los seres creados. La familia es el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal. En la familia se aprende a pedir permiso sin avasallar, a decir gracias como expresión de una sentida valoración de las cosas que recibimos, a dominar la agresividad o la voracidad, y a pedir perdón cuando hacemos algún daño. Estos pequeños gestos de sincera cortesía ayudan a construir una cultura de la vida compartida y del respeto a lo que nos rodea.”

2. Y con el mensaje de este punto es posible dar un vuelco interpretativo a la presencia de la realidad familiar en la encíclica. Porque cuando se vuelve a leer el texto, teniendo presente este mensaje de la relevancia de la familia, y el lector se va adentrando tanto en los problemas como en las soluciones, la familia surge como el ámbito por excelencia para superar el gran reto al que nos enfrentamos. Recuperar el valor y el papel de la familia ha de ser la base para el reto social y ambiental que propone la encíclica.

Porque donde mejor que en la familia las personas aprenden a reconocerse a sí mismas en la relación con las demás criaturas (LS, 85); pueden sentir la ternura, la compasión y la preocupación por los seres humanos” (LS, 91), pueden amar con generosidad, recuperar las relaciones reales con los demás, y vivir las



emociones en un contacto directo con la angustia, el temor o la alegría del otro...  
(LS, 47).

Donde mejor que en la familia se puede desarrollar un nuevo estilo de vida, liberarse de la indiferencia consumista, del individualismo, de la superficialidad, de la agresividad y de la irresponsabilidad. Gozar con poco, para vivir con sobriedad, para retornar a la simplicidad que nos permite valorar lo pequeño, para agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegos.

Por último, donde mejor que en la familia se puede desarrollar la capacidad de vivir sabiamente, de pensar en profundidad, de recuperar la capacidad de contemplar y de respetar (LS, 127), de detenerse y percibir y valorar lo bello (LS, 215).

La familia es el lugar natural e idóneo para llenar el corazón de las personas (LS, 204) y para descubrir al Creador que vive entre nosotros en la belleza y bondad de lo creado (LS, 225).

Muchas gracias.

Dolores López